

**L** ITERATURA  
**COLOMBIANA SIGLO XIX**

*Flor María Rodríguez-Arenas*  
*Blanca Inés Gómez*  
*María Graciela Calle*  
*Jaime Alejandro Rodríguez*

## LA ESTRELLA NACIONAL (1836): COMIENZOS DE LA NOVELA DECIMONÓNICA EN COLOMBIA

*Flor María Rodríguez-Arenas\**

En la primera década del siglo XIX se fundaron, circularon y se clausuraron cinco de los siete periódicos que hasta entonces habían existido en toda la historia de Santafé de Bogotá<sup>1</sup>. Esta circunstancia muestra dos aspectos diversos: la incipiente

---

\* English and Foreign Languages, University of Southern Colorado.

1 En 1785 salieron a la luz dos publicaciones: *Aviso del terremoto* (tres números sin fecha, cuyo autor se desconoce) y *Gazeta de Santa Fe de Bogotá* Capital del Nuevo Reyno de Granada (agosto 31, septiembre 30, octubre 31), también de autor desconocido). El *papel periódico de Santafé de Bogotá*, primera publicación periódica regular que circuló, se debió a la diligencia del cubano Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. El primer número apareció el 9 de febrero de 1791. Después de 265 números, dejó de publicarse el 6 de enero de 1797. Fue la primera publicación periódica hebdomadaria del país. En 1801 surgió *El correo curioso, erudito, económico y mercantil de la ciudad de Santafé de Bogotá* (directores: Jorge Tadeo Lozano de Peralta y Manrique y el presbítero José Luis de Azuola y Lozano). El número 46, último del periódico apareció el día 29 de diciembre de 1801. Únicamente siete años después, en 1808, surgió *El redactor americano* (director: Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria, se publicó por orden del Virrey Amar y Borbón; circuló hasta el número 71, del día 4 de noviembre de 1809). De esta publicación se desprendió un suplemento especial denominado *Alternativo del redactor americano*, cuyo director era también Rodríguez de la Victoria. Murió el periódico el 27 de noviembre de 1809 con la publicación del número 47. El 24 de septiembre de 1809, bajo la dirección de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria, surgió la publicación *Últimas noticias*, boletín de diez páginas que sólo tuvo tres números de duración. El 3 de enero de 1808, en la Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, bajo la dirección de Francisco José de Caldas, apareció *El seminario del Nuevo Reyno de Granada*. Durante los años de 1808 y 1809 circularon 52 entregas cada año. En 1810 se reorganizó el plan de la publicación y se adoptó el sistema de cuaderno o memorias mensuales; cesó la publicación con la aparición de la undécima memoria. De todas estas publicaciones, solamente siete fueron periódicas de alguna extensión; pero únicamente dos: el *Correo curioso* y el *semanario* surgieron por iniciativa particular (véanse: Otero Muñoz, 1936; Porras Collantes, 1976).

del periodismo durante los últimos tiempos coloniales debida a los altos costos, a las disposiciones y las restricciones gubernamentales y un lento, pero gradual incremento de la prensa apenas nacido el siglo XIX.

Ese incipiente desarrollo recibiría un fuerte impulso con la independencia, gracias a la expansión de la imprenta, el deseo de informar, de justificar o de criticar las razones de las decisiones constitucionales que se tomaban y a las iniciativas personales y particulares de diversos intelectuales y hombres públicos para quienes las nociones de democracia y las ideas de libertad poseían grandes virtudes que permeaban la cultura política del momento. La difusión de esta cultura se basaba en el concepto ilustrado del mercado de ideas, el cual se fundamentaba en la proposición de que la verdad vencía naturalmente a la falsedad, cuando se les permitía competir en la arena pública. Para que la pugna y la resolución entre verdad/mentira fueran justas y tuvieran el éxito deseado se necesitaba entonces educar al público. De ahí que los diversos textos de publicación periódica impresos se encargaran de la tarea de cultivar las mentes y los hábitos de lectura de los nuevos ciudadanos<sup>2</sup>.

Los periódicos que surgieron a raíz de la proclamación de la independencia fueron de contenido político. Esta situación duró tres lustros, hasta 1825, cuando se publicó el primer número de *La miscelánea*<sup>3</sup>. Con esta publicación comenzaron a circular las revistas y los periódicos con tendencias literarias, dejando gradualmente de lado la evidente función de servir a los partidos políticos. De esta forma, los periodistas reafirmaron el servicio que prestaban para elevar la calidad de la vida social y el pensamiento individual al considerarse la prensa periódica depósito de la verdad y de la experiencia<sup>4</sup>. Sin embargo, debe esperarse hasta el año 1836, once

2 Véanse los artículos de *La estrella nacional* dedicados a la educación pública: "Novelas", "importancia de la lengua latina", "Prosodia castellana: teoría de la noble vocal", N° 1. "Geografía antigua", "Prosodia castellana", N° 2. "Bellezas de la Biblia", N° 3. "Lectura", N° 4. "Vejez del mundo", "Jabón antigálico", N° 5. "Crítica literaria", N° 6. "Literatura", "Las juntas de Apolo", "Papeles públicos", "Empleo del tiempo", N° 8. "Enseñanza de legislación", "Importancia de la puntuación", "El astrolabio bogotano", N° 9. "Lección de economía política". "Mentidero de Bogotá", "Estudios necesarios", N° 10. "Lazarinos", "Poder ejecutivo" N° 11. "Sociedad filotécnica", "Melancolía", "Facultad peligrosa", "Convenio con Venezuela", "Policía", "Derechos eventuales", "Agricultura", "Rentas", N° 12.

3 Los redactores fueron Pedro Acevedo Tejada, Juan de Dios Aranzazu, Rufino Cuervo, José Ángel Lastra y Alejandro Vélez.

4 Véanse el "Prospecto" de *La estrella nacional* y los artículos y relatos: "La estrella nacional", N° 1. "Equivocaciones" N° 3. "Castillos en el aire", N° 5. "Nota", "Papeles públicos", N° 8. "Redactores", N° 9. "La estrella nacional", N° 12.

años después, para que surja por iniciativa de Juan Francisco Ortiz la primera publicación completamente literaria<sup>5</sup>: *La estrella nacional*<sup>6</sup>.

Las tempranas publicaciones periódicas del siglo XIX presentan en sus páginas el pensamiento y la lucha por lograr establecer un quehacer literario que los escritores consideraran “propio”. En ellas se encuentran los pasos que se adoptaron o que se modificaron para alcanzar los objetivos propuestos sobre la narrativa; asimismo se puede conocer la ideología de los autores y las oposiciones o rechazos que el medio sociocultural ofrecía en el momento de la escritura de las determinadas obras. Los inicios del desarrollo de la narrativa de ficción decimonónica en Colombia son el objetivo de la presente lectura. Para lograr un acercamiento a esos comienzos se estudian las emisiones de la primera publicación literaria de prensa: *La estrella nacional*<sup>7</sup>.

- 
- 5 El concepto de literatura, hasta bien avanzado el siglo XIX, incluía materias tan diversas como las matemáticas, la moral, la música, la lingüística, etc. Las composiciones literarias entendidas con la significación del presente eran la poesía, el ensayo, el comentario especialmente teatral y el artículo descriptivo de costumbres.
- 6 El cuerpo de redactores de *La estrella nacional* lo conformaron junto a Juan Francisco Ortiz, José Eusebio, Antonio José y Francisco Javier Caro; José Joaquín Ortiz y Gregorio Tanco. Cesó la publicación con el número 12, el 17 de abril de 1836. En los años siguientes surgieron otras publicaciones en las que primaban los escritos políticos y económicos, acompañados esporádicamente por breves ensayos sobre bellas artes, sobre música o por textos impresionistas de viajes y algunas composiciones poéticas. Pasó una década para la aparición de la segunda publicación periódica literaria: *El albor literario, Periódico científico, literario y noticioso*, órgano de “La sociedad literaria”, comenzó a circular el 20 de julio de 1846; concluyó su tiraje después de seis números. Tres años después, en abril de 1849, Santiago Pérez Caicedo y Rojas fundaron *El museo*, publicación que murió en el mes de julio, cinco números después.
- 7 El tamaño del periódico era de 29 centímetros de largo por 20 centímetros de ancho. Se publicaba los jueves; cada emisión constaba de cuatro páginas en folio en dos columnas. Cada número contenía una sección fija: “literaria” y una o dos secciones de las siguientes secciones: “Noticias”, “Variedades”, “Poesía”. A partir del número 8 se retiraron los señores Caro y Tanco, y quedó la redacción a cargo de los señores Ortiz. A partir del número 9, la presentación de las secciones varió. Encabezó cada número una sección sin título dedicada a comentarios políticos, económicos o sociales. Complementaban los números las secciones de “Literatura”, de “Poesía” o de “Variedades”. En el último número se incluyó la sección de “Remitidos”. En el prospecto de *La estrella nacional* publicado en el año de 1835 se anunció: “seis amantes de la literatura... íntimamente penetrados de lo profundo del letargo que se derrama sobre un pueblo, cuando sin literatura, carece de un acento peculiar y distintivo que lo haga reconocer entre el bullicioso mercado de las naciones... se crearán harto recompensados de sus fatigas, si con ellas contribuyeren a empujar la Nueva Granada hacia la gran renovación que tan imperiosamente demandan nuestras costumbres. Mas no con esto se piense que vayamos... a arrojar un nuevo tizón al horno ardiente de los partidos políticos, no; el destino de la La estrella es iluminar, no consumir...” (La ortografía de todas las citas tomadas del periódico se ha modernizado).

El primer artículo que se publicó en *La estrella nacional* se tituló “Novelas”. Este escrito, publicado en enero de 1836, es uno de los primeros ensayos literarios que explicita claramente la posición de escritores, lectores y críticos hacia el género novelístico en suelo colombiano. Bajo estas condiciones, este artículo es particularmente importante porque ayuda a precisar mejor la temprana historia de la novela colombiana decimonónica, a la vez que muestra las tensiones y los gustos que imponía la crítica y las presiones que sufrían los incipientes novelistas.

La historia de la literatura colombiana (Otero Muñoz 1943, 231) informa que la primera novela del siglo XIX: “María Dolores o la historia de mi casamiento”, la escribió José Joaquín Ortiz, uno de los editores y redactores de *La estrella nacional*, en Anapoima en 1836 y que la publicó ese mismo año en un periódico de la capital (Roa 1917, 2); es decir, el mismo año de la publicación del ensayo “Novelas”<sup>8</sup>. Por tanto, no es aventurado afirmar que el autor de la obra, que hasta ahora se señala como la primera novela publicada en suelo colombiano en el siglo XIX, tuvo vinculación directa con la escritura y la divulgación del contenido del ensayo “Novelas”. Algunos de los apartes más importantes del texto informan lo que su autor percibe como la concepción más generalizada que se aplicaba a la novela como género, y quiénes y cómo leían este tipo de escrito:

(...) Las novelas son las lecturas de las señoritas bogotanas. Las afamadas por sus lances demasiado libres o por ser de autores llamados a boca llena impíos, herejes, son las únicas que, a no ser a hurtadillas, dejan de ser leídas; La nueva Eloísa, Las aventuras del caballerito Foblás y todas las de Pigault-Lebrunt, se quedan para que los hombres a la moderna se saboreen con su lectura. ¿Será puesto en razón, (...) el que las mujeres lean tanta insulsez, sólo porque no tienen fama de ser malas? ¿que adquieran ideas exageradas sobre todo y un gusto depravado? No (...) por esto tratamos en este artículo de manifestar nuestra opinión sobre algunos de estos libros; agradando nuestro modo de pensar, aunque sean leídos se hará poco caso de ellos y no servirán ya de modelos, ni para pensar ni para obrar (enero. 1º, 1836. 1).

Como se observa, según su anónimo autor, este ensayo tiene varios objetivos: a) mejorar el gusto literario de las señoritas bogotanas; b) criticar el tipo imperante de novelas que se leía en Bogotá; c) criticar los modelos narrativos que los nuevos escritores estaban desarrollando; y d) destacar el valor de los textos novelísticos que eran considerados lectura para “hombres a la moderna”.

8 Porras Collantes (1976, 503) registra la edición de 1841, como la primera para la publicación de este texto; mientras que Williams señala a *Ingermina* de Juan José Nieto como la primera novela colombiana (1989, 584) y (1991, 240 nota 37).

El tipo de novela que se ataca directamente en el ensayo es el que escribieran las mujeres tanto en Francia como en Inglaterra. En el texto se nombran obras de Madame Sophie Cottin<sup>9</sup> (1770-1807): *Matilde o las cruzadas* (1805); de Stéphanie Ducrest, Condesa de Genlis<sup>10</sup> (1746-1830): *Valmore y Malek-Adel, Clara y Matilde*; de la inglesa Ana Radcliffe<sup>11</sup> (1764-1823): *La abadía en la selva* (1791), *La campana de media noche, El castillo de los Pirineos, Los misterios de Udolfo* (1794) y *El italiano* (1795). El autor del ensayo consideraba que las novelas escritas por las mujeres eran las que “más corrompían el gusto de la juventud”. Señalaba como grandes fallas en ellas que los personajes obraran igual cuando estaban solos o acompañados, o que “los amantes siempre estuvieran afligidos” y que “las mujeres fueran amadas de todo el mundo, no pensarían en sus trajes y nunca murmurarían”; indicaba que los textos se presentaban con un “estilo hinchado y llorón” y que todas las escenas “eran decorosas y patéticas”. Del mismo modo, criticaba el empleo de largas cartas “llenas de clausulones” en el que la amante “ni por pienso se acordaba de dar cuenta de lo sucedido en la casa”.

En el registro de este ataque hacia la novelística escrita por mujeres, el autor se sumaba a la corriente de rechazo que manifestaban los intelectuales y los literatos hispanoamericanos (véase Rodríguez-Arenas 1993, 93-99). Rechazo proveniente de la misma Europa, donde había surgido como reacción a la feminización de ciertos sectores del mundo literario<sup>12</sup>. Esta situación había comenzado en Francia

- 
- 9 Mme. Cottin creció en Bordeaux, se casó muy joven y quedó viuda a los 23 años. Radicó en París. Su vida emocional fue turbulenta. Las cinco novelas que escribió son en extremo sentimentales. Todas desarrollan la pasión y sus efectos. Víctor Hugo dijo en 1817, que esta escritora era considerada por muchos como la mejor escritora de su tiempo.
- 10 La Condesa de Genlis fue educadora, escritora y novelista. De aristocrática familia venida a menos, contrajo matrimonio con el poderoso Charles de Genlis en 1773. Presentada en la corte se convirtió en la querida del Duque de Chartres (más tarde Duque de Orléans); con el tiempo fue nombrada institutriz de los hijos de éste. En 1779 publicó el primero de más de 80 libros que escribió. Perdió a su esposo, el Duque de Orléans, en la guillotina. Tuvo que dejar París y escribir para justificar sus actos. Bonaparte, fascinado con ella, le otorgó una magnífica pensión, pero con la condición de que escribiera únicamente sobre temas morales y literarios.
- 11 Ann Radcliffe ganó dinero en su corta carrera de escritora. Cultivó el género de lo que hoy se llama “novela gótica”. Su ficción abunda en descripciones románticas de escenario y de terrores. En ellas el espacio que ocupa la mujer está cargado de temores y perseguido y apoyado siempre por la sombra de una madre que pone a prueba las ideas patriarcales con la amenaza de un poder femenino no doméstico.
- 12 El 20 de septiembre de 1792 la Asamblea Legislativa Revolucionaria hizo legal por primera vez el divorcio en Francia. Una de las más articuladas voces que se levantó en contra fue la de Louis de Bonald. En su *Du divorce considéré au XIXe siècle* (*El divorcio en el siglo XIX* (1801), arguyó que las esferas públicas y privadas exponían un orden trinitario. En ambas existía un poder o voluntad (soberano/padre) y un fin u objeto (sujeto o hijo) que estaban unidos por medio mediador o inferior (ministro o esposa/madre). Las mujeres o ministros servían como fuerzas mediadoras, “pasivas para concebir, activas para producir” entre el poder activo del soberano/padre y el receptivo pasivo del sujeto/hijo. Según Bonald, el orden del lenguaje natural probaba

en las últimas décadas del siglo XVIII y se había acelerado por la minuciosidad con que se escrutinizaba la vida imperial anterior, por la apertura de nuevos canales de promoción social que se habían originado a partir de la Revolución, por el socavamiento paulatino de la tradición y por la adquisición de nuevos roles que las mujeres estaban poniendo en práctica.

Estas condiciones históricas habían permitido en las dos primeras décadas del siglo XIX, que más de 150 mujeres laboraran activamente en Francia; hecho que había facultado a que las mujeres fueran a menudo autoras de los grandes éxitos literarios —como lo fueron las escritoras mencionadas en el ensayo “Novelas”—. Al parecer los hombres jóvenes franceses que buscaban poder y fortuna debido a las circunstancias históricas del momento se habían decidido por la administración o por las armas, en lugar de incursionar en el mundo de las letras y de las ideas (véase Maza en Hollier 1989, 624).

Todos estos aspectos del fenómeno que había originado la Revolución causaron una profunda ambivalencia acerca de los diferentes roles sociales tanto en Francia como en Inglaterra. Ambivalencia que se tornó en distintos lugares de Hispanoamérica en un ataque directo a la posible ruptura de los modelos tradicionales de comportamiento, al posible papel público o al poder que las mujeres pudieran alcanzar. Por lo que se hizo énfasis en las características del mundo doméstico que ellas debían ocupar y se atacó su presencia en la esfera de lo público, como se observa en el texto del ensayo “Novelas”.

El mensaje general que subyace detrás del ataque directo que el autor del ensayo hace a las lectoras bogotanas por preferir las novelas de las escritoras europeas muestra una estrategia comúnmente desplegada que emplea el género (masculino/femenino) como vehículo para tratar con una serie de diversas cuestiones político-sociales que a raíz de la independencia de España habían empezado a debatirse, como era la supuesta correspondencia del hombre y de la mujer con las esferas de lo público y de lo privado y la presencia de ellos en una u otra esfera. Es decir, en el texto del ensayo se advierte la continuación de patrones de significados encerrados en símbolos. Los que en él se emplean son el de la lectura y el de la escritura. La lectura (considerada en el texto actividad pasiva, correspondiente a las mujeres, quienes no tenían discernimiento para decidir si lo que leían era bueno o malo) y la escritura (considerada actividad dinámica, correspondiente a los hombres, quienes tenían la capacidad para escoger los textos, para leerlos, juzgarlos e imitarlos si querían). Por medio de estos símbolos el autor del ensayo comunicaba

---

este modelo: ¿no existían sujetos activos y objetivos pasivos que se unían a través de un verbo o “cópula”? Las mujeres en el esquema de Bonald no emitían sus propias palabras, por tanto debían seguir subordinadas al hombre como ya estaba preestablecido (véase Maza en Hollier 1989, 623-624).

a sus lectores lo que él conceptuaba que debía seguirse considerando como el ámbito apropiado, como las condiciones de vida y, en general, como los parámetros culturales para cada sexo. De esta forma contribuía a perpetuar esas concepciones.

Para el autor del ensayo, las mujeres bogotanas leían novelas insulsas. Este gusto lo explicaba al encontrar que ese tipo de narrativa era “lectura amena”, fácil y rápida, por tanto era posible que las mujeres la entendieran. No obstante, el escritor estimaba que esas novelas que las bogotanas leían no eran “las más convenientes para los jóvenes” por los modelos culturales que trasmitían y porque mostraban a la mujer dejando de lado la vida de domesticidad que la subyugaba al hombre y la ubicaba dentro del hogar. De ahí que esos hechos deplorables debieran corregirse.

Ahora, otro aspecto importante dentro de las críticas que ofrece el texto del ensayo es la afirmación que el autor emite posteriormente: “Estos son los grandes modelos que tratan de imitar nuestros jóvenes y he visto más de dos imitaciones, que harán llorar de risa a cualquiera que tenga los cascos bien sentados”. Esta declaración manifiesta rotundamente el tipo de estructuras narrativas que los jóvenes escritores colombianos trataban de emular”: las provenientes de las novelas de las escritoras europeas que presentaban a la mujer actuando en la esfera de lo público, poniendo a prueba las ideas patriarcales. Emulación que ya había comenzado a dar frutos (“más de dos imitaciones”), pero cuyos resultados aún siguen desconocidos para la historia de la crítica de la literatura colombiana. Además, la inversión de los papeles en la esfera de lo público: el hombre imitando la escritura de las mujeres, la censuraba violentamente el autor del ensayo con el ridículo: ya que el hecho era para hacer “llorar de risa a cualquiera que tuviera los cascos bien sentados”.

Esa fuerte reprobación es seguida inmediatamente por los modelos que “los hombres de la moderna” debían practicar: las novelas de autores franceses, como Rousseau (1671-1741): *La nueva Eloísa* (1761); Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814): *Pablo y Virginia* (1788); el vizconde de Chateaubriand (1768-1848): *Atala* (1801) y *René* (1802). De alemanes, como Goethe (1749-1832): *Werther* (1774). De ingleses, como Walter Scott (1771-1832): *El talismán*, *Ivanhoe* (1820), *Waverly* (1814) y *Los puritanos de Escocia*. Puesto que ellas “estaban bien escritas”; y los personajes femeninos como “(Carlota) pertenecía a la sociedad”, “Virginia” escribía sus cartas como mujer y (Atala) (sentía) como tal”. No obstante estas rápidas y casi ingenuas afirmaciones del anónimo autor del ensayo, la crítica ha reconocido durante muchas décadas que en estas novelas, especialmente en las de Rousseau y Chateaubriand se representa la sexualización de las relaciones familiares en la narrativa, y se enfatiza la domesticidad de la mujer, su dependencia del hombre y su confinamiento al hogar.

Finalmente, el autor agrega: “No hemos hablado de los (novelistas españoles) porque no están en moda, a pesar de que *El Quijote*, *Gil Blas* y *El Guzmán de*

*Alfarache* valen literaria y moralmente más que todas las novelas de las señoras francesas”. Ésta, al parecer inocente afirmación, sirve para cancelar definitivamente cualquier duda que pudiera haber sobre el valor de las novelas que se imitaban. A pesar de que lo español no estaba de moda, los textos eran suficientemente conocidos y canonizados dentro del mundo de las letras para poder hacer una valoración, aunque fuera desfasada, como la que el autor propuso.

La competencia por el poder, la autoridad y la legitimidad en la esfera pública que se observan en este ensayo sobre la novela estructuran el acto de un escritor, representante de un grupo, para imponer valores y concepciones en el mundo social bogotano; para impedir que los mundos representados en cierto tipo de novelas se llegaran a considerar como posibles en el ámbito colombiano, como lo expresan las últimas palabras del fragmento extractado anteriormente: “aunque sean leídas se hará poco caso de ellas y no servirán ya de modelos, ni para pensar ni para obrar”. Al atacar a los personajes femeninos de las novelas escritas por mujeres, porque representaban actuaciones que iban contra la tradición, se relegaba y se continuaba limitando a las mujeres a los confinantes desempeños de la esfera doméstica; mientras que al destacar la actuación de los personajes femeninos en las novelas de hombres se continuaba con la tradición que había impuesto formas de pensar y de actuar diferentes para los hombres como para las mujeres. Es decir, se continuaba y se preservaba el “status quo” que se había establecido desde los tiempos coloniales.

Los redactores de *La estrella nacional* para ser consecuentes con los mensajes emitidos en este ensayo, publicaron las narraciones: “Castillos en el aire”, N° 5<sup>13</sup> “El agua nueva”, N° 6<sup>14</sup> y “El renegado”, N° 7, cuyo autor fue Francisco Javier Caro. Todas ellas representan facetas de la vida pública que se consideraba propia únicamente del hombre: la escritura, el mundo de las ideas, la guerra, los viajes y el trabajo como marinero.

La última narración “El renegado” es el relato mejor elaborado. Es la historia de Pedro, un soberbio joven español raptado por unos piratas argelios, quienes le proponen que para salvarse reniegue de su religión y de su patria y adopte su forma

---

13 Seis amigos deciden redactar un periódico literario en Tunja. Distribuyen las labores y cada uno se dedica a un aspecto diferente de la escritura y la publicación del mismo. El narrador, Peñalver, se ha ofrecido a traducir un cuento del inglés titulado “Castillos en el aire”, pero consideraba que era feo empezar la publicación de un periódico, traduciendo, por eso suplica a los lectores acepten el artículo que ha compuesto y que representa la labor de estructuración y lanzamiento de un periódico como el que tienen en la mano los lectores.

14 Es un relato en forma de carta que el narrador dirige a su amigo Norberto para comentarle las incidencias últimas, sus experiencias en Guayaquil y sus impresiones sobre Bogotá.

de vida. Después de alguna vacilación, Pedro acepta la libertad y el bienestar que le proporciona la piratería. Se acostumbra al pillaje y al asesinato, hasta el punto de llegar a asaltar la casa de sus padres y matar a su propio hermano, para luego caer despedazado por las balas en las aguas del mar.

Como se observa, esta narración argumentalmente desarrolla el mundo de los piratas y las tropelías que se cometían. Los hombres, del grupo cualquiera que sea (victimarios o víctimas), toman parte activa en los hechos: los piratas atacan, el padre y los hijos atacados se defienden, toman decisiones. Las mujeres, por el contrario son apenas parte del escenario que se describe: la madre de Pedro el protagonista actúa como comparsa siguiendo al esposo en sus decisiones o formando parte del grupo familiar que trata de disuadir a Pedro para que no oponga resistencia. Es decir, en el relato es un ser sin individualidad. La voz narrativa comenta algunas de sus acciones haciendo generalizaciones que incluyen a todas las mujeres: “¡Qué delicioso debe ser para una madre ver a su hijo unirse con la mujer de su elección en los mismos lugares donde ella fue amante y esposa!”. Generalizaciones de las que se infiere que todas las mujeres poseen los mismos sentimientos y tienen las mismas reacciones. En fin, a esta madre se la muestra añorando el pasado, creando un presente inexistente, llorando y expresando sus emociones, siempre dentro de los límites del hogar y de la familia. Mientras que las otras mujeres que fugazmente se mencionan constituyen el grupo amorfo que sirve de queridas y de esclavas a los piratas. Es decir, en el relato se observa una ideología de la domesticidad y de lo doméstico que perpetúa comportamientos colectivos denigrantes y rutinarios para las mujeres. Mientras que, por el contrario, los hombres se muestran como individuos con autodeterminación y con poder para decidir su destino y el de los más débiles, para controlar su ambiente o para cambiarlo. Son individuos con identidad. Sus acciones, sus búsquedas muestran el deseo que erróneamente se considera masculino, porque ansía la libertad, porque se niega a la conformidad.

En este relato, la voz narrativa adopta el “rol del influenciado” (Bremond 1974) y emplea modelos persuasivos que tácticamente aprovechan la intensificación o la omisión de aspectos de conducta para cada género; de esta manera se enfoca la atención del lector en los puntos del contexto sociocultural que se desea destacar. De esta forma, la ideología transmitida en el ensayo “Novelas” se pone en práctica en el relato “El renegado”. Se muestran las tradiciones que se perpetuaban, los sistemas de valores que los intelectuales autorizaban para lectores y escritores, para hombres y mujeres en la Bogotá del temprano siglo XIX; actuación que gradualmente fue estructurando ya no sólo la narración y la novelística sino la vida cultural del lugar.

Como se observa, la importancia del estudio de las tempranas publicaciones periódicas del siglo XIX radica en que en sus páginas se encuentran con extraor-

dinaria uniformidad las “intenciones subyacentes” y los “valores” que los hombres de letras de la época perpetuaban, desarrollaban y comunicaban por medio de la literatura, en particular, de la narrativa. Es decir, a través de esas publicaciones se puede historiar la cultura de la época: las tradiciones, los sistemas de valores, las ideas, las instituciones; se puede observar la manera en que se forjó la temprana narrativa decimonónica colombiana, las influencias que recibió, las luchas destructoras que soportó y el rumbo que tomó en un momento bastante desconocido de su historia.

## Bibliografía

- BREMOND, CLAUDE. “El rol del influenciador”. *Investigaciones retóricas II*. 1970. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1974. 93-106.
- CACÚA PRADA, ANTONIO. *Historia del periodismo colombiano*. 2ª Ed. Bogotá: Ediciones Súa Ltda., (s.f.).
- HOLLIER, DENIS (ED.) *A New History of French Literature*. Cambridge, Massachusetts London, England, 1989.
- OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. *Historia del periodismo en Colombia*, Bogotá: Editorial Minerva, Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936.
- OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Librería Voluntad, 1943.
- PÉREZ ORTIZ, RUBÉN. *Seudónimos colombianos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1961.
- PORRAS COLLANTES, ERNESTO. *Bibliografía de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976.
- ROA JORGE. “Noticia biográfica y literatura”. *María Dolores o la historia de mi casamiento*. José Joaquín Ortiz. Bogotá: Librería Nueva, 1917. 1-2.
- RODRÍGUEZ-ARENAS, FLOR MARÍA. *Hacia la novela: La conciencia literaria en Hispanoamérica (1792-1848)*. Santafé de Bogotá: Editorial Códice, 1993.
- WILLIAMS, RAYMOND L. “Los orígenes de la novela colombiana”. *Thesaurus* (Bogotá) XLIV (1989): 580-605.
- WILLIAMS, RAYMOND L. *The Colombian Novel (1844-1987)*. Austin: University of Texas Press, 1991.